

# Cuando ya no sea yo

*Carme Elias*



Cuando ya no sea yo

*Carme Elias*

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Carme Elias, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Iconografía: Grupo Planeta

© de las fotografías del interior, © archivo personal de la autora

Diseño de interior y maquetación: © J. Mauricio Restrepo

Primera edición: abril de 2023

Depósito legal: B. 4440-2023

ISBN: 978-84-08-26929-8

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Egedsa

Printed in Spain – Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

# Índice

1. Así empezó todo	11
2. Al fin lo sé	31
3. Os lo cuento a todos	45
4. A los míos y a mi vocación	63
5. Una carrera contra todo pronóstico	83
6. Sigo preguntándome qué día es hoy	103
7. Del (des)amor se aprende	125
8. No me hables distinto, háblame mejor	143
9. Lo importante es persistir	155
10. Barcelona-Madrid-Barcelona	165
11. Cuando ya no sea yo	179
<i>Poesía alzheimerica</i>	195
<i>Epílogo</i>	201
<i>Trayectoria como actriz</i>	215
<i>Agradecimientos</i>	221

1

*Así empezó*

**TODO**

Sentada en mi mesa de trabajo, con los sonidos del tra-  
jinar de la vida a mi alrededor, intento recordar el  
principio. Mis dedos recorren las teclas de mi orde-  
nador, que me conoce desde hace mucho y facilita la mi-  
sión que le impongo.

Mi-me-mo-ria. Mi memoria. Recordar.

Algo que para todos es fácil y para muchos falta de interés  
porque son batallitas del pasado o hechos más recientes.  
Para mí esto es un acto heroico. Aun así, juego con venta-  
ja. Amontonados en el suelo immaculado de mi habitación  
asoman mis diarios escritos en diversas etapas de mi vida,  
y que pacientemente guardan y aguardan, encerrando en  
su interior los avatares de los años vividos, el devenir de los  
acontecimientos y el *pasar* de los días.

Me digo a mí misma que en algún momento, y conscien-  
te de que no puedo tardar mucho, quiero resumir... ¿Para

qué? ¿Para quién? ¡Da igual! No es el fin lo que me interesa, sino el mientras tanto y el ahora.

Temo emocionarme, cuento con no recordar. ¡Seamos prácticos! No sé quién es «el otro yo» que me arrebató la mente y que es más fuerte que yo misma... Aunque, a estas alturas, debería imaginármelo.

Soy y he sido actriz de vocación. Actuar ha sido mi profesión, me ha acompañado desde pequeña, desde que el día de Navidad recitaba la poesía aprendida en la escuela subida en una silla tal y como marcaba la tradición de la Cataluña de aquel momento.

«¡Acción!» «Había una vez...» «Todo empezó...»

Aparece la Editorial Planeta en mi vida (y otros a los que agradezco el interés) y me invitan a recordar para escribir un libro sobre mi proceso con la enfermedad de Alzheimer. Así que acepto el reto. Intentaré arrancar por el principio de todo lo que vino después.

Hacia tiempo que sentía una cierta inseguridad ante la cámara, cuando siempre había sido mi amiga y siempre la gobernaron magníficos profesionales. Sentía inseguridad incluso actuando en el teatro, un terreno tan ampliamente conocido por mí. Lo que sentía en esos momentos era algo

difícilmente descriptible. Era algo parecido al miedo. Experimentaba una emoción vertiginosa antes de entrar en acción, un excesivo acelerar de corazón digno de un estreno, pero no el mismo que se experimenta con una función en la que llevas actuando desde hace mucho tiempo o al rodar una película donde todos somos parte del equipo. Por entonces, mi vida personal era muy hermosa, aunque agotadora. Pero la idea de que todo lo que sentía se debiera al estrés no me tranquilizaba.

### **Más allá del pánico escénico**

En 2017, en el rodaje de *Quién te cantará* (2018), de Carlos Vermut, comenzó a mostrarse lo que hoy es una realidad. Él es un director que hace un cine muy personal, un cineasta especial al que admiraba profundamente. Yo estaba ilusionada con la perspectiva de conocerle y de ponerme en sus manos. Pero durante el ejercicio de mi profesión, a pesar de los años de práctica y de la experiencia adquirida, entré en situaciones que nada tenían que ver con lo vivido hasta entonces. La verdad es que no era miedo. Creo que el miedo no es malo, porque te avisa de que tienes que estar alerta ante todo lo que te espera. Sentí pánico, como si fuese a tirarme por un barranco oscuro, por un precipicio sin fin... Aquello era pánico escénico. Se llama así a ese latir del corazón mezclado con una especie de inseguridad ante



no se sabe qué ni por qué, ¡pues todo está listo y ensayado! Preparado amorosamente... Entonces, cuando se vive algo así, salir al escenario o escuchar la palabra *acción* es como un acto kamikaze.

Y yo estaba aterrada.

No entendía lo que me pasaba, en ocasiones me sentía paralizada... Lo hablaba con el director, pero luego volvía a experimentar lo mismo. En cuanto regresé a casa, a Barcelona, visité toda clase de especialistas e hice pruebas de todo tipo. Psicólogos y neurólogos escuchaban atónitos mi relato, mientras que las pruebas confirmaban que todo estaba bien. Me recetaron tranquilizantes para sobrellevarlo.

Después de aquello, en 2019, el siguiente trabajo que hice fue una intervención muy pequeña, pero muy bonita y contundente, en una película de Claudia Pinto, *Las consecuencias* (2021). Ella no solo es una cineasta a la que admiro, sino también una gran amiga; una amistad que se inició trabajando juntas en su anterior y primera película, *La distancia más larga* (2013). Aquel filme narraba el periplo de una mujer que, marcada por una enfermedad terminal, cerraba todos los círculos de su vida y mostraba su libertad hasta el final. Martina, así se llamaba el personaje, viajaba a la Gran Sabana venezolana para terminar sus días allí, pero se encontraba con situaciones inesperadas. El papel

que interpreté era el de una mujer valiente con una dolencia difícil que también se veía a sí misma con el poder de elegir cómo morir dignamente. El rodaje fue muy complicado: acudimos a reservas indígenas, a montañas y lugares casi inaccesibles. Pero aquella experiencia me permitió disfrutar de su gran talento como directora y nos hermanó para siempre. Regalos de la vida.

Más tarde rodamos *Las consecuencias* en Valencia, pero también en lugares de difícil acceso, como La Gomera y La Palma, en Canarias; para mí, lejos de casa. ¡Cómo no! Con Claudia siempre es así: lo más difícil forma parte de su ADN. Acantilados, pueblos en el interior de una cueva... A veces rodábamos en una pequeñísima islita sin vida humana a la que teníamos que desplazarnos en barcazas. El sonido del mar era impactante. Aquel lugar era un rincón abrupto y hermoso, solitario, ya que tan solo acudíamos con el equipo imprescindible. Como siempre, Claudia lograba sorprenderme con las dificultades para llegar al set de rodaje y como siempre terminaba preguntándole por qué elegía localizaciones tan complicadas aun sabiendo de antemano la respuesta. «La película lo pide», decía. Y a una siempre le daban ganas de contestarle: «¡Pero si tú escribes el guion!». Así es ella, valiente y talentosa.

En aquella película, que narraba la llegada a la isla de una familia con muchos secretos, tenía a un magnífico actor

ante mí, Alfredo Castro. Chileno, sensible y exquisito. Él no se embarcaba para regresar con nosotros al hotel, donde nos esperaban nuestras confortables camas y una cena bien merecida. No. Él se quedaba en el hermoso, aunque solitario, set de rodaje mimetizándose con el personaje que interpretaba. Alfredo, riguroso, es uno de los actores y directores más reputados por la crítica en su país.

Y entre las muchas escenas, llegó la hora de rodar un monólogo intenso y emocionante. A cualquier actriz le habría causado mucha ilusión. No fue mi caso. Yo me sentí extrañamente insegura, con mucho miedo a equivocarme y a quién sabe qué. El resultado es que no conseguí verbalizar el texto entero y no lo recordaba bien. Tuvimos que hacerlo desmenuzando la actuación en pequeños bloques. Naturalmente, en pantalla no se nota. Parezco una buena actriz. Le he pedido a Claudia Pinto que escriba cómo vivió aquellos momentos.

El personaje de Teresa lo habíamos escrito especialmente para Carme. Yo tenía la certeza de que quería volver a trabajar con ella, incluso antes de que *Las consecuencias* fuera una historia. En aquel rodaje en el Amazonas, en el que dimos forma a mi primera película, forjamos una relación profunda y sincera que nos habíamos esmerado en cuidar durante los ocho años que separaban un rodaje del otro. Ahora éramos ami-

gas y mi admiración por ella como actriz se había multiplicado con el paso de los años.

Así que ahí estábamos, en Valencia, el 21 de mayo de 2019, a punto de rodar una de las escenas más importantes de nuestra segunda película juntas.

Carme es minuciosa, perfeccionista, intuitiva, emocionalmente muy poderosa y había conseguido atrapar a Teresa en su interior. Esa madre temerosa, esquiva, atormentada, estaba a punto de revelar un secreto que había escondido durante más de treinta años. Carme estaba tensa, asustada, esperando la voz de «¡acción!» para entrar en el territorio de la ficción, sin imaginar que la realidad iba a ser mucho más contundente y dolorosa.

Los primeros fallos de Carme con el texto no despertaron nuestras alarmas. El monólogo era largo, complejo y requería mucha concentración. Pero había algo extraño. La emoción de Carmen estaba en el lugar preciso, su concentración era máxima, pero no conseguía decir el texto en el orden correcto. Al cambiar el orden de las frases se alteraba el contenido del relato, pero Carme no era consciente hasta que yo cortaba la toma y pedía un nuevo intento.

Poco a poco, el terror comenzó a instalarse en su mirada. Ya no era el pánico de Teresa, sino el de Carme, el que atrapaba la cámara. Sabíamos que todos los especialistas que Carme había visitado le aseguraban que

todo estaba bien y que «esos fallos sutiles» que había tenido en trabajos previos serían por miedo escénico o inseguridad. Pero en este rodaje esa tesis no encajaba, había una confianza infinita entre nosotras.

Tras muchas tomas conseguimos acabar la escena. Yo leía el texto en voz baja y Carme lo repetía a cámara aportando toda la emoción que la escena requería. Teresa estaba tan asustada como Carme (o al revés), y el pánico de la realidad quedó enmascarado por la ficción.

Al acabar el rodaje del día, Carme me decía que estaba a tiempo de buscar a otra actriz para el personaje, que no quería dañar mi película, que ya no era una «actriz segura». A pesar del terror que ella sentía en ese momento, tenía la empatía suficiente como para pensar en mí y en mi película. Así es de generosa.

Finalmente, decidimos batallar: si hay que repetir, se repite; si hay que esperar, se espera; pero esta película la acabaríamos juntas. Y así fue. Una semana después nos reencontramos en la isla de La Palma para rodar la última escena. Era un monólogo en el que Teresa narraba los momentos previos a la erupción de un volcán: «El volcán avisa, claro que avisa... Es más, grita, chilla. Los últimos que se dan cuenta son los pájaros, desaparecen, se van, no los ves más...».

Y así siguió, esta vez dando el texto entero y con la emoción precisa para el personaje. Recuerdo que, al

acabar la toma perfecta, se aplaudió a sí misma aliviada y todos emocionados seguimos detrás. Fue premonitorio todo aquello. Poco tiempo después, el volcán de La Palma entró en erupción, y poco tiempo después llegó el diagnóstico. Pero Carme no se rinde y ahora estamos construyendo nuestra tercera película juntas. Esta vez, un testimonio a corazón abierto de su día a día y sin las máscaras de la ficción.

Desde aquí le doy las gracias a Claudia, a Alfredo y a todo el equipo; muchos amigos que se lanzaron conmigo al vacío. Aquello resultó el aviso de un mundo desconocido en el que yo me estaba adentrando sin saberlo.

### **Sobreponerse buscando respuestas**

A pesar de mi desconcierto y de aquellas señales tan inquietantes, mantuve el ritmo de vida de siempre: la familia, mi casa, el estudio de futuros trabajos y el teatro. «¡Estrés!», gritaba el mundo. Pero yo sabía que no era eso. Aun así, el pánico escénico no desaparecía. Trabajaba indistintamente en Madrid y Barcelona, tirando de AVE de un lado para otro y con mucha pastillita tranquilizante a cuestas. Seguí con mi vida tal y como había hecho hasta entonces. Sobreponiéndome a mis malas sensaciones y dificultades.

En Madrid tuve a grandes seres humanos a mi lado, la gran familia madrileña formada por personas que me ayudaron a transitar esa etapa tan complicada y que me apoyaban permanentemente, como el gran amigo y maestro de actores Juan Carlos Corazza, que me conoce mejor que nadie como actriz y del que hablaré más adelante (me lo anoto en un papel para no olvidarme), y Carmen Durán, una magnífica psicóloga, una gran profesional que me atendía con una inteligencia y serenidad de enorme eficacia. Todos me prestaban firme y fielmente su ayuda.

Recuerdo rodar en localizaciones donde era difícil encontrar cobertura y acudir en el coche de producción hasta donde fuese posible utilizar el teléfono para hablar con ellos. Carmen soportó mis llamadas de socorro sin que nunca fuese un problema para ella. Hay quien tiene la hermosa habilidad de saber ponerte frente al espejo. Así es ella. Con su sabiduría, calmaba mis más que miedos, los que se transformaban en un monstruo grande llamado al parecer *pánico escénico*. Siempre cogía el teléfono o me hacía un hueco. Llegué a quererla mucho. Culta, delicada, nada invasiva. ¡Qué gran mujer!

A pesar de todo y con todo, no dejé de buscar respuestas. En Barcelona empecé un exhaustivo periplo que me hizo ir a varios médicos, neurólogos, terapeutas y especialistas de todo tipo que seguían sin ver nada raro en mí. Y siempre

viajaba adonde me tocara trabajar. No dejaba de contactar por teléfono o visitar de forma desesperada a mi psicóloga en Madrid y a mi neurólogo en Barcelona, quienes siempre, siempre, me devolvían las llamadas y me tranquilizaban. Nunca podré agradecerles lo mucho que me cuidaron, a pesar de todo lo que me estaba pasando.

### **Una exagerada angustia antes de salir a escena**

Lo que viví en el cine, con los últimos rodajes en los que participé, tampoco fue ajeno a otros terrenos con anterioridad. También hubo diversas señales. En el teatro soportaba una especie de vértigo tremendo, un deseo de huir antes de empezar la función. Nunca me había pasado. Sentía que no podía hacerlo, experimentaba una desazón y un miedo terroríficos que desaparecían en cuanto entraba en escena con la primera frase hasta que, gracias a las pastillitas tranquilizantes recetadas por los especialistas, podía actuar con normalidad, sin aquel estado histérico y aquella inseguridad. Me recuerdo actuando en el exquisito Teatre Akadèmia de Barcelona, dirigido por Guido Torlonia, un amigo para siempre. Aquel lugar es especial para mí. Allí siempre me he sentido como en casa, también entonces, mucho antes de saber exactamente qué me pasaba.



Desde que conocí a Guido caí rendida a sus pies. Y sigo arrodillada. Su mismo nombre me remite a un pasado glorioso de italianos cultos, como en una película de Luchino Visconti. Él es un gran director, un hombre exquisito por educación, carácter, talento y aspecto. Es la encarnación de ese mundo, pero en el presente, o sea, «en moderno». Mi primera experiencia con él fue con un texto magnífico, *Al galop (Al galope)*. Se trataba de un monólogo sobre Diana Vreeland, que fue editora de moda de las revistas *Harper's Bazaar* y *Vogue*. Vreeland era una leyenda, una mujer con una fuerza y energía increíbles, con una gran capacidad de reinención ante las situaciones de crisis. Precisamente, uno de esos momentos era el que reflejaba la obra, con la que no solo actué en el Teatre Akadèmia, sino con la que también acudí a la Sala Pequeña del Teatro Español en Madrid. Yo nunca había interpretado un monólogo y estaba ilusionada, puesto que el carácter del personaje me atraía enormemente. Pero también me sentía extrañamente insegura.

Me costó muchísimo aprenderme el texto. Fue duro. Lo reconozco. Jamás había imaginado que tendría que atravesar tantas dificultades para salir indemne de un monólogo. Por ejemplo, yo me movía a menudo sobre el escenario porque el personaje y el papel lo requerían, pero también aprovechaba esas idas y venidas para consultar el texto, que tenía a mi disposición en un atril entre bastidores. Guido

estuvo a mi lado, confiando en mí en todo momento y proporcionándome todas las ayudas necesarias. Y estoy orgullosa del resultado. Fue una hermosa experiencia, aunque mirando atrás me digo que quizás, seguro, ahí estaba ya la semilla de lo que hoy es mi vida. Probablemente. Aquello fue una primera señal, aunque entonces era impensable. Todo el mundo me ayudaba.

Más tarde, mucho más tarde, un día me llamó Guido y, entre bromas e intercambios de vida, me preguntó qué me gustaría hacer en teatro. Barajando títulos y autores, me puse a hablar de una de mis películas favoritas, *¿Qué fue de Baby Jane?*, interpretada por Joan Crawford y Bette Davis bajo la dirección de Robert Aldrich y basada en una novela de Henry Farrell. Pasó el tiempo y un buen día me citó. Me pasó un texto y me dijo: «Vamos a hacer *Baby Jane* en el teatro». Guido había encontrado una versión teatral de aquella obra que recreaba un intercambio epistolar entre las dos estrellas de Hollywood durante el rodaje del filme. No daba crédito. ¡Qué gran regalo! Yo interpretaría a Bette Davis y Vicky Peña haría de Joan Crawford.

Sin embargo, muchos de los días en los que actuaba, yo entraba en estados de extraña inseguridad, de miedo a equivocarme, de miedo a no sabía qué. Estrenamos, hicimos las funciones siempre con un apuntador cerca por si me

atacaba alguna inquietud. Todo salió bien, pero yo seguía sintiendo que algo no funcionaba en mi interior. Me decía a mí misma que tanta sensibilidad quizás haría crecer a los personajes. Pero en 2019 el miedo ya se había hecho un salón en mi cuerpo y en mi vida. Fui fuerte. Claro que lo fui. Aquella obra, lo último que he hecho en teatro, fue una de las cosas más mágicas de mi trayectoria y Guido sigue estando en mi vida desde entonces.

## **Pendientes de mí por si fallaba**

Nunca pensé que las malas sensaciones vividas en el cine se pudiesen repetir en el teatro. Estaba entre profesionales y amigos, pero sí, volvía la angustia. Y yo, que siempre he sido una actriz segura, tomaba muchas precauciones justo antes de entrar en escena. Demasiadas. Confieso que también recibía ayuda con una discreción absoluta entre cajas, o sea, sin que fuese visible para el público. En el teatro hay siempre un regidor (o regidora) con el objetivo de que la función transite correctamente. Es el guardián del espectáculo, el que nos avisa de nuestras entradas y controla que todos los elementos sigan el proceso que han de seguir. *Transitar*, esa hermosa palabra, era la favorita del actor y director teatral José Luis Gómez, un gran profesional con el que trabajé en el Teatro Español con la obra *Absalón*, en 1983. Creo que esa palabra nunca la ol-

vidaré. Yo hoy también estoy transitando por la vida a mi manera...

Pero vamos a lo que íbamos.

Dadas las inexplicables dificultades que me afectaban a veces, muy cerca del escenario siempre había alguien con el texto en la mano por si yo fallaba. Por suerte, nunca fue necesario durante mis intervenciones. ¡Parecía que el escenario era mi curación! Aun así, antes de salir, mi corazón seguía acelerándose. Daba igual que realizase los ejercicios de relajación habituales para entrar en contacto con el público y dejar atrás las preocupaciones a las que nos somete el vivir. No eran suficiente. *Mientras esperaba la señal de entrada al escenario para revivir el personaje, notaba que aquello iba a desbordarme. Un miedo aterrador se apoderaba de mí.* La regidora también centraba su atención en cómo me sentía yo sobre el escenario. Yo había visto en mis mayores del teatro cómo les podía afectar la incertidumbre o el miedo a que una palabra no saliese de su boca cuando debían decir algo. Eso son inseguridades que, aunque no lo parezcan, pueden surgir de repente para desconcertarte y desconcentrarte.

Pero yo intuía que lo mío no era lo mismo.

Experimentar nervios en los estrenos es más o menos normal. En el teatro es el primer encuentro con el público,

que se dispone a respirar contigo y con tu personaje, que se funde en tu cuerpo y se apodera de tu mente (si has hecho bien los deberes, claro). Tu corazón se acelera, hay una tensión previa... Pero nunca pensé que el miedo pudiera ser tan poderoso, que se pudiera experimentar un temor tan grande, tan enorme, ante lo intangible.

En un espectáculo, del tipo que sea, danza, música, cine, teatro, televisión..., cuando se escucha la palabra «¡acción!» ya no hay tiempo. Hay que estar listo. No se puede corregir nada, ni en el escenario, ni frente a la cámara. Si hay un error afecta al resto del espectáculo y, en consecuencia, a todo el equipo. Y, por descontado, al presupuesto. El tiempo perdido es dinero perdido. Es mucha inversión. Lo único que cambia es que los actores tenemos que actuar, dar la cara y hacerlo bien. Es mucha responsabilidad. En mi caso, tal y como me sentía, esa responsabilidad se multiplicaba.

Cuando la enfermedad hizo su aparición en mi vida y se había apoderado de mí, los médicos todavía no la veían. ¡Qué astuta! No sabíamos qué pasaba, y yo tomando ansiolíticos para vencer el miedo... Antes de actuar entraba en un estado de tensión inhabitual que provocaba un exagerado temor a fallar. Subía el telón, se bajaban las luces, aparecía la escenografía y era como si me lanzara a un precipicio. Si me estrellaba, todo me llevaría al desastre. Como si estu-

## Así empezó todo

viese en una película del Oeste, me repetía: «Moriré con las botas puestas». Los wésterns siempre me han fascinado, pero cuánto sufrimiento... Os aseguro que no estoy frivolizando. Solo intento narrar cómo es ese miedo aterrador que te despoja de tu ser avanzando, pasito a pasito, hacia el país de la nada y sin tener armas para derrotarlo. Todo esto era ya un aviso de lo que estaba por llegar.